

CAPITULO VI.

GUERRA CON LOS PUEBLOS VECINOS.—TRIUNFO DE LOS ESPAÑOLES.—
MUERTE DE MAXINCA.—LLEGADA DE REFUERZOS.—VUELVEN LOS ES-
PAÑOLES TRIUNFANTES A TLASCALA.

1520.

Animado Cortés con el resultado de la discusión del senado, resolvió emprender algunas operaciones activas, considerando ser este el mejor medio de contener el espíritu de facción y el descontento inevitablemente fomentado por una vida ociosa. Primero se propuso ejercitar sus tropas contra algunas de las tribus vecinas, por haber puesto mano violenta sobre algunos españoles, que fiándose en las muestras que tenían recibidas de amistad habían atravesado su territorio. Contábase entre estas tribus la de los tepanecas, pueblo que frecuentemente estaba empeñado en guerra con los tlascaltecas, y que, como se ha dicho en el capítulo anterior, había recientemente asesinado á doce españoles que se dirigian á la capital. Una expedición contra ella sería fácilmente apoyada por los aliados, y recobraría la dignidad del nombre castellano, muy menoscabada en la estimación de los nativos á consecuencia de las últimas desgracias.

Era una tribu poderosa procedente del mismo tronco que los aztecas de quienes eran tributarios. Habían jurado vasallaje á los españoles cuando entraron en el país, intimidados con las sangrientas derrotas de sus vecinos los tlascaltecas; pero después del levantamiento de la capital habían vuelto á someterse al cetro mejicano. Su capital, que es hoy una pequeña aldea, era en la época de la conquista una ciudad floreciente, situada en las fértiles llanuras que se estienden al pié de Orizava (1). Contenia además la provincia, varias ciudades de considerable extensión, ocupadas por una valiente y decidida población.

Como que estos indios habían ya reconocido la autoridad de Castilla, miraron Cortés y sus oficiales su conducta presente como una rebelión, y se resolvió en junta de guerra, que todos los que hubieran tenido parte en el asesinato de los españoles, habían incurrido en la pena de esclavitud (2). Sin embargo,

(1) El nombre indio de la capital, lo mismo que el de la provincia, era *Tepejacac*, y fué corrompido por los españoles en *Tepeaca*; pero es necesario confesar que ganó en el cambio.

(2) “Y como aquello vió Cortés, comunicólo con todos nuestros capitanes, y soldados: y fué acordado, que se hiciese un auto por ante escribano, que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos.” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 130.

antes de proceder contra ellos, mandó intimarles el general se rindiesen, ofreciéndoles perdón por lo pasado, y amenazándolos con el mas severo castigo si rehusaban hacerlo. Los indios, que ya estaban sobre las armas, contestaron con insultos, desafiando á los españoles á presentarse en el campo de batalla, pues necesitaban víctimas para sus sacrificios.

Púsose Cortés sin tardanza á la cabeza de su reducida tropa de españoles y un gran número de guerreros tlascaltecas, acaudillados estos por el jóven Xicotencatl, quien parecia entonces dispuesto á olvidar sus resentimientos y deseo de aprender el arte de la guerra, militando bajo las órdenes de un gefe que tantas veces le había vencido (3).

Esperaron los tepanecas al enemigo en las fronteras, donde se dió una sangrienta batalla en que no pudo operar cómodamente la caballería á causa de las altas cañas de maíz que cubrían parte de la llanura. Triunfaron al fin los españoles: abandonaron los indios el campo que habían sostenido como buenos guerreros; y fueron completamente derrotados sufriendo una gran pérdida. Pocos dias después tuvo lugar otro encuentro, cuyo resultado fué igualmente decisivo, y los españoles y tlascaltecas victoriosos encaminándose directamente á la ciudad de Tepeaca hicieron su entrada triunfante (4). No opuso el enemigo mas resistencia; y toda la provincia, para evitar mayores calamidades, se apresuró á prestar obediencia. Cortés sin embargo impuso el meditado castigo á los lugares implicados en el asesinato. Sus habitantes fueron marcados como esclavos con un hierro hecho ascua, y después de haberse reservado la quinta parte de ellos para la corona de Castilla, se distribuyeron los restantes entre los españoles y los aliados (5). Era muy comun entre los primeros el sistema de repartimientos establecido en las islas; pero este era el primer ejemplo de esclavitud en la Nueva España; y esta providencia la justificaba en opinión del general y sus casuistas militares la grave falta de los indios. La sentencia sin embargo no fué confirmada por la corona (6), que como la legislación colonial muestra claramente, estaba siempre en pugna con la avidez y codicia de los conquistadores.

(3) Los historiadores calculan que se compondría el ejército de cincuenta mil hombres; mitad de la fuerza de que, según Toribio, podía disponer la república. “De la cual, (Tlascala,) como ya tengo dicho, solían salir cien mil hombres de pelea.” Hist. de los indios, MS., Parte 3, cap. 16.

(4) “Aquella noche,” dice el crédulo Herrera, hablando de la orgia que siguió á una de las victorias, “tuvieron los indios aliados una gran cena de piernas y brazos; pues además de un número increíble de asados, hechos en asadores de madera, había cincuenta mil platillos de carne humana preparada de diversas maneras.” (Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 15.) Tal banquete no debió ser muy agradable al olfato de Cortés.

(5) “Y allí hizieron hazer el hierro con que se habían de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G., que quiere decir guerra.” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 130.

(6) Solís, Conquista, lib. 5, cap. 3.

Satisfecho Cortés con esta demostracion de venganza, fijó su cuartel general en Tepeaca, que situada en un pais cultivado, proporeionaba muchos recursos para la mantencion del ejército, mientras que su posicion en las fronteras mejicanas la hacian un buen punto de apoyo para las subsecuentes operaciones.

El gobierno azteca luego que supo el resultado de la embajada que mandó á Tlascala, se habia apresurado á fortificar por aquella parte la frontera. Se reforzó la guarnicion, y numerosos cuerpos de tropas marcharon en la misma direccion con órden de ocupar todas las posiciones fuertes de la propia frontera. La conducta de estas tropas fué como de costumbre, arrogante y vejatoria, lo que disgustó mucho á los habitantes.

Uno de los lugares donde habia guarnicion de los aztecas era Quauhquechollan (7), ciudad que segun los historiadores, contenia treinta mil habitantes, y distaba de los cuarteles españoles doce leguas ó mas al S. O. Hallábase situada en la extremidad de un valle profundo, al pié de una cordillera de escarpados cerros, ó mas bien dicho de montañas, y flanqueada por dos rios cuyas riberas eran altas y llenas de precipicios. El único camino por donde se podia llegar fácilmente á ella, estaba protegido por una muralla de piedra de mas de veinte piés de altura, y de considerable espesor (8). En esta plaza tan fuertemente defendida por el arte y por la naturaleza, puso el emperador azteca una guarnicion compuesta de algunos miles de guerreros, y una fuerza mucho mas formidable ocupaba las alturas que dominaban la ciudad.

El señor de este lugar, impaciente por sacudir el yugo mejicano, llamó á Cortés en su auxilio, prometiéndole que los ciudadanos cooperarian al ataque contra las tropas aztecas. Gustoso aceptó el general la propuesta, y destacó á Cristóbal de Olid, con doscientos españoles y un respetable cuerpo de tlascaltecas en ayuda del cacique (9). En el camino se reunieron á Olid muchos voluntarios de la ciudad india y de la capital vecina de Cholula, pidiéndole unos y otros con instancia que los emplease. El número y el ahínco que mostraban estos auxiliares porque se les ocupara, excitó las sospechas del comandante, y fueron apoyados por los temores de los soldados de Narvaez, cuya imaginacion, llena aún de los horrores de la *noche triste*, veian en el amistoso empeño de sus nuevos aliados pruebas de una pérvida inteligencia con los aztecas. Comunicándose á Olid esta desconfianza, contramarchó á Cholula, apre-

(7) Llamada por los españoles Huacachula, y escrita de diversas maneras por los autores antiguos, cuya diferencia puede explicarse por la gran confusion de consonantes.

(8) "Y toda la ciudad está cercada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto, como cuatro estados por de fuera de la ciudad: é por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va su pretil, tan alto, como medio estado, para pelear, tiene quatro entradas, tan anchas, como uno puede entrar á caballo." Rel. seg., p. 162.

(9) El nombre de este caballero lo escriben de ordinario los historiadores, Olid; pero en una copia de su firma he visto escrito Oli.

só á los gefes que le parecieron mas sospechosos por haberle ofrecido primero sus servicios, y los envió á Cortés bajo la vigilancia de una buena escolta.

Despues de un escrupuloso exámen quedó convencido el general de la inocencia de las personas que se habian creido sospechosas: manifestóles cuán profundamente sentia el trato que habian recibido, procurando indemnizarlos en cuanto pudo con liberales obsequios; y como habia visto el peligro de fiar una empresa de tal importancia á otras manos, se puso él mismo á la cabeza del resto de sus tropas, y marchó á unirse á su oficial en Cholula.

Habia arreglado con el cacique de la ciudad adonde se dirigia, que tan pronto como se avistasen los españoles se echarian los habitantes sobre la guarnicion. Todo se hizo como estaba concertado. Luego que los batallones cristianos desfilaron por las llanuras de frente á la ciudad, atacaron los habitantes á la guarnicion azteca con extremada furia. Los que la componian, abandonando las fortificaciones exteriores se replegaron al templo mayor, donde sostuvieron una reñida lucha con sus contrarios. En el calor de ella entró Cortés en la plaza á la cabeza de su caballería, y dirigió personalmente el ataque. Los aztecas hicieron una valerosa defensa; pero llegando constantemente nuevas tropas en auxilio de los asaltantes, al fin tomaron las fortificaciones, y todos los de la guarnicion fueron pasados á cuchillo (10).

Entre tanto las fuerzas mejicanas que ocupaban las alturas inmediatas, habian bajado á socorrer á la guarnicion, y formábase en órden de batalla en los suburbios de la ciudad, donde tuvieron un encuentro con las fuerzas tlascaltecas. „Debian ser," dice Cortés hablando de los enemigos, "lo menos treinta mil hombres, y era un hermoso espectáculo aquel lucido ejército, cuyos guerreros ostentaban con profusion el oro, las joyas, y los variados plumajes" (11). La accion fué bien sostenida por los dos ejércitos indios. Púsose fuego á los suburbios, y en medio de las llamas, rompiendo Cortés y sus escuadrones por entre los enemigos, desordenaron sus filas y los obligaron á huir en desórden á la estrecha garganta de la montaña de donde habian venido. No obstante que el camino era escabroso y lleno de precipicios, tanto los españoles como los tlascaltecas persiguieron muy de cerca al enemigo, y escalandó las tropas ligeras la encumbrada muralla que rodea el valle, atacaron al enemigo por sus flancos. Era el calor excesivo, y ambos combatientes estaban tan extenuados de fatiga, que con dificultad, dice el historiador, podian los unos

(10) „Porque yo quisiera," dice Cortés, "tomar algunos á vida para me informar de las cosas de la gran ciudad, y de quien era señor despues de la muerte de Montezuma, y de otras cosas; y no pude tomar sino uno mas muerto que vivo." Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 159.

(11) „Y á ver que cosa era aquella, los cuales eran mas de treinta mil hombres, y la mas lúcida gente que hemos visto, porque traian muchas joyas de oro, y plata, y plumajes." Ibid., p. 160.

perseguir, y los otros huir (12); pero no estaban demasiado cansados para matar, pues los mejicanos sufrieron una espantosa carnicería. No encontraron conmiseracion en sus enemigos indios que tenian muchos agravios que vengar, y solo algunos pocos buscaron asilo en lo mas profundo de la sierra; pero su infatigable enemigo los persiguió hasta llegar á la escarpada cresta de la cordillera, donde comenzaba ya el campamento mejicano, que ocupaba un ancho espacio. Varios utensilios, costosos vestidos y artículos de lujo, estaban esparcidos por todo el campo, y el gran número de esclavos que servian á los guerreros, mostraba la bárbara pompa con que los nobles mejicanos salian á campaña (13). Fué un rico botin para los vencedores, que se diseminaron por el desierto campo y recogieron los despojos, hasta que la obscuridad de la noche los obligó á bajar al valle (14).

Completó Cortés el golpe atacando la ciudad fortificada de Itzacan (a), defendida tambien por una guarnicion mejicana, y situada en la profundidad de un ameno valle que era regado por canales artificiales, y donde sonreia la rica abundancia de esta feraz region de la tierra templada (15). Esta plazá aunque valerosamente defendida fué asaltada y tomada. Los aztecas fueron rechazados hasta la orilla de un rio que corria al extremo de la ciudad; y sin

(12) „Alcanzando muchos por una cuesta arriba muy agria; y tal, que quando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos, ni nosotros podiamos ir atrás, ni adelante: é así caieron muchos de ellos muertos, y ahogados de la calor, sin herida ninguna.” Ibid., p. 160.

(13) „Porque demas de la gente de guerra, tenian mucho aparato de servidores y fornecimiento para su real.” Ibid. p. 160.

(14) El capitan Diaz refiere de muy diversa manera la toma de esta fuerte posicion. Segun él, cuando retrocedió Olid á Cholula por resistirse sus soldados á seguir adelante, á consecuencia de las fuertes sospechas que alimentaban de una traicion por parte de los aliados, recibió de Cortés una reprension tan severa, que obligó á sus tropas á volver á emprender la marcha, y atacando al enemigo „con la furia de un tigre” le derrotó completamente. (Hist. de la conq. cap. 132). Pero ningun otro historiador contemporáneo, al menos que yo sepa, está de acuerdo con esta narracion. Cortés es tan compendioso, que muchas veces es necesario completar sus omisiones con noticias sacadas de otros escritores; pero cuando él afirma positivamente un hecho, excepto cuando hay alguna razon para sospecharle de parcial, su práctica de escribir luego que pasaban los sucesos, y la facilidad de adquirir datos que le proporcionaba su posicion, hacen considerarle sin disputa, como la mejor autoridad.

(a) Despues Izúcar, y ahora conocida con el nombre de Matamoros.

(15) Cortés con menos disposicion para apreciar la belleza del pais, que su célebre predecesor en la carrera de los descubrimientos, el gran almirante, tenia la misma facilidad para conocer la calidad del terreno. „Tiene un valle redondo muy fértil de frutas, y algodón, que en ninguna parte de los puertos arriba se hace por la gran frialdad: y allí es Tierra caliente, y cáusalo, que está muy abrigada de sierras; todo este valle se riega por muy buenas acequias, que tienen muy bien sacadas, y concertadas.” Ibid. pp. 164 y 165.

embargo de que ellos al huir destruyeron por casualidad ó de intento los puentes que lo atravesaban, ganaron los españoles la orilla opuesta, unos vadeando el rio y otros á nado, y acosaron al enemigo con la constancia que el sabueso persigue á su caza. Aquí tambien fué cuantioso el botin, de manera que los indios auxiliares corrian por millares á alistarse bajo las banderas de un gefe que tan felizmente los conducia á la victoria y al pillaje (16).

Poco despues regresó Cortés á su cuartel general de Tepeaca, desde donde destacó á sus capitanes á expediciones, que por lo comun eran felices. Sandoval en particular, marchó contra un ejército considerable de indios que estaba situado entre el campamento y Veraacruz, lo derrotó en dos campañas decisivas, y restableció así la libre comunicacion con el puerto.

El resultado de estas operaciones fué la sumision de todo el populoso y cultivado territorio que se extiende entre el gran volcan hácia el Oeste, hasta las encumbradas faldas de Orizava al Este. Tambien muchos lugares de la provincia vecina de Mixtecapan, reconocieron la autoridad de los españoles, y otros de la distante region de Oajaca, solicitaron su proteccion. La conducta que observaba Cortés con sus aliados, le habia ganado un gran crédito de desinteresado y justo. Las ciudades indias del territorio inmediato apelaban á él como juez en sus desavenencias, y aun en algunas disputas de sucesion se sujetaban á su arbitraje. Con tan discreta y moderada política, adquirió insensiblemente sobre estos indios el influjo que habian negado al feroz azteca. Extendiase su autoridad mas y mas cada dia; y así se formó un nuevo imperio en el centro mismo del pais, que formaba contrapeso al colosal poder que por tanto tiempo habia pesado sobre él (17).

Cortés se reconoció ya bastante fuerte para poner en ejecucion los planes con que habia de recobrar la capital, y que habia estado proyectando desde el momento en que le expulsaron de ella. Hasta entonces se habia equivocado con respecto á los recursos con que contaba la monarquía azteca; pero ya entonces conocia por una larga experiencia, que para vencerla no le eran suficientes sus fuerzas y todas las que por sí solo pudiese reunir, sino que necesitaba

(16) „E iban,” dice Cortés, “en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de vuestra magestad, que casi cubrian los campos y las sierras que podiamos alcanzar á ver. E de verdad habia mas de 12.000 hombres.” (Ibid. p. 162.) Cuando los conquistadores intentan fijar un número preciso, es mas seguro sustituir las frases „una multitud, una gran fuerza, &c.” dejando á la imaginacion del lector que fije el número que le parezca.

(17) Sobre las guerras con las tribus vecinas de que se habla en las páginas anteriores, además de la carta de Cortés tantas veces citada, pueden verse los escritores siguientes. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 15 y 16.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 90.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 130, 132 y 134.—Gomara, Crónica, cap. 114 y 117.—P. Mártir de Angleria, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 6.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.

el auxilio eficaz de los indios. Un poderoso ejército demandaba grandes gastos para su manutención, y esos gastos no podían erogarse durante un sitio prolongado sin la cooperación de los naturales. Tales auxilios podría estar seguro de que los tendría ahora de Tlascala, y de otros distritos indios, cuyos guerreros deseaban servir bajo sus banderas. El largo trato que había tenido con los naturales le había hecho adquirir un perfecto conocimiento de su carácter nacional, y de su sistema de guerra; y al mismo tiempo los que habían servido á sus órdenes, si habían aprendido poco de la táctica española, sabían ya obrar de concierto con los hombres blancos y obedecer implícitamente á Cortés, como á su jefe. Era este un adelanto importante para tropas tan bárbaras y desordenadas, y aumentaba considerablemente la fuerza que les daba su número.

La experiencia había demostrado á Cortés que para dar un nuevo ataque á la capital no debía confiar en las calzadas, y que para vencer le era necesario hacerse dueño del lago. Propuso por lo mismo fabricar algunos buques semejantes á los construidos en tiempo de Montezuma, que después fueron destruidos por los habitantes. Para esto contaba con los servicios del experimentado carpintero Martín López, que como hemos visto, había escapado felizmente de la matanza de la noche triste. Envióle Cortés á Tlascala con orden de construir trece bergantines que pudieran desarmarse, y ser llevados en hombros de los indios para ser echados en las aguas de Tezcoco. El velamen, jacia y clavazón habían de traerse de Veracruz, donde se habían guardado cuando la destrucción de las naves. Era atrevido el pensamiento de construir una escuadra que había de atravesar bosques y montañas antes de surcar las aguas del lago á que se la destinaba; pero propio del genio audaz de Cortés, quien con la cooperación de sus fieles confederados los tlascaltecas, no dudó poder llevarlo á ejecución.

Con no poco sentimiento supo por este tiempo la muerte de su buen amigo Maxixca, el anciano jefe de Tlascala, que tan firmemente le había sostenido en la hora de la adversidad. Había muerto víctima de la terrible epidemia de la viruela, que devastaba entonces el país, con la misma fuerza que el fuego se comunica en los campos, que no perdonaba al príncipe ni al vasallo, y que añadía otro eslabón á la larga cadena de males que había seguido á la invasión de los hombres blancos. Dícese que un negro esclavo que vino en la escuadra de Narvaez, trajo esa epidemia, que primero estalló en Cempoala (18). Los pobres indios, ignorando el mejor modo de curar tan molesta enfermedad, acudieron á la práctica común de los baños de agua fría, y en gran manera agravaban su mal. De Cempoala cundió rápidamente por las poblacio-

(18) „La primera fué de viruela, y comenzó de esta manera. Siendo capitán y gobernador Hernando Cortés al tiempo que el capitán Pánfilo de Narvaez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto, y á esta sazón estaba esta Nueva España en extremo muy llena de gente.” Toribio, Hist. de los Indios, MS., Part. 1, cap. 1.

nes inmediatas, y pasando por Tlascala, llegó á la capital azteca, donde Cuiclahua, sucesor de Montezuma, fué una de sus primeras víctimas. De allí se dirigió á las playas del Pacífico, dejando cubierta su carrera con los cadáveres de los naturales, que para usar de la frase expresiva de un contemporáneo, morían á montones, como ganado que se infesta (19). Parece que no fué fatal á los españoles, muchos de los cuales habían tenido ya tal vez la enfermedad, y todos ciertamente conocían el mejor método de curarla.

Muy sentida fué por los españoles la muerte de Maxixca, en quien perdieron su más fiel y útil aliado. Al exhalar el último aliento los recomendó á su hijo y sucesor como los seres sobrenaturales, cuya venida al país habían predicho los oráculos tanto tiempo antes (20). Mostró deseo de morir en la fe cristiana, lo que no bien supo Cortés, cuando mandó á Tlascala al padre Olmedo, y encontróse este religioso con que Maxixca había mandado colocar delante de su lecho de muerte un crucifijo para tributarle adoración. Después de explicarle de la mejor manera que pudo las verdades reveladas, bautizó al moribundo jefe, y tuvieron los españoles la satisfacción de creer que la alma de su benefactor se libertó de la sentencia de condenación eterna, que pesaba sobre los desgraciados indios que morían en su falsa creencia (21).

Las últimas brillantes victorias parece que animaron á los soldados desafectos á continuar la guerra; pero aun había entre ellos algunos pocos, el secretario Duero, el tesorero Bermúdez y otros empleados de categoría, ó ricos hidalgos, que miraban con disgusto el que se abriera otra campaña, y reiteraron fuertemente su petición de que se les permitiera pasar á Cuba. Satisfecho Cortés de los recursos con que ciertamente podía contar, no hizo objeción alguna. Dado una vez su consentimiento, hizo cuantos esfuerzos pudo para facilitar la partida, y proporcionarles las comodidades posibles. Mandó que en Veracruz se pusiera á su disposición el mejor buque, bien provisto de víveres, y de todo lo necesario para el viaje, y envió á Alvarado á la costa para que dirigiera el embarque. Despidióse afablemente de ellos, protestándoles su constante consideración; pero según se aclaró después, los que pudieron abandonarle en el peligro se interesaban poco en su suerte, pues no mucho después vemos á Duero en España sosteniendo las pretensiones de Velázquez ante el emperador, contra las de su antiguo amigo y comandante.

La pérdida de estos pocos hombres fué suficientemente compensada con la llegada de otros, á quienes la fortuna, por no usar de otra expresión más ele-

(19) „Morian como chinches á montones.” (Ibid., ubi supra.)

„Eran tantos los difuntos que morían de aquella enfermedad, que no había quien los enterrase, por lo cual en México los echaban en las azequias, porque entonces había muy grande copia de aguas y era muy grande hedor el que salía de los cuerpos muertos.” Sahagún, Hist. de Nueva España, lib. 8, cap. 1.

(20) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 136.

(21) Ibid., ubi supra.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 19.—Sahagún, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 39.

vada, había enviado inesperadamente. Los primeros vinieron en un pequeño buque despachado por el gobernador Velazquez con provisiones para la colonia de Veracruz, ignorando los últimos acontecimientos del país y la derrota de su comandante. El mismo buque trajo, según se dice, despachos del obispo de Burgos Fonseca, previniendo á Narvaez mandara á España á Cortés, si no lo había hecho ya para que se le juzgara (22). El alcalde de Veraeruz, cumpliendo con las órdenes que tenía de Cortés, permitió saltar en tierra al capitán del buque, quien no dudaba de que el país estaba en manos de Narvaez. Se desengañó de su error cuando se le aprisionó con toda su gente, tan pronto como puso el pié en la playa. Luego fué asegurado el buque; y el comandante y su tripulación conociendo su error, se dejaron persuadir sin mucha dificultad á que marcharan á unirse con sus compatriotas en Tlascalala. Otro buque enviado poco después por Velazquez corrió la misma suerte, y los que estaban á bordo de él consintieron también en tomar parte en la expedición de Cortés.

Casi al mismo tiempo Garay, gobernador de Jamaica, preparó tres barcos con una fuerza armada para plantar una colonia en el Pánuco, río que desemboca en el golfo de Méjico, á algunos grados al Norte de la Villa Rica. Insistió Garay en fundar esta colonia, no obstante las reclamaciones de Cortés, que había entablado ya comunicaciones amistosas con los habitantes de aquella región; pero al desembarcar las tripulaciones experimentaron tan dura acogida de los indios, y perdieron tantos hombres, que se tuvieron por felices en volver á sus naves. Una de estas se fué á pique en una tormenta, y las otras entraron al puerto de Veracruz, para que se restableciese la gente, que sufría mucho de hambre y enfermedades. Fueron allí recibidos con hospitalidad; se les abasteció de lo que necesitaban, y curados de sus heridas, los indujeron las liberales promesas de Cortés á alistarse bajo sus banderas, y separarse del servicio del gobernador. Estos tres refuerzos montaban á ciento cincuenta hombres, bien provistos de armas y municiones, fuera de veinte caballos. Por esta rara reunión de circunstancias, vióse Cortés en posesión de los recursos de que más necesitaba, y que además le venían de manos de sus enemigos, cuyos costosos preparativos se habían así convertido en favor del mismo hombre á quien se habían propuesto arruinar.

No paró allí su buena fortuna: tocó en Cuba un buque que venía de las Canarias, cargado de armas y municiones para los aventureros del Nuevo Mundo, y el comandante, sabedor de los descubrimientos hechos últimamente en Méjico, creyendo que allí podría venderlas ventajosamente, se encaminó á Veracruz. No se engañó en sus cálculos, pues el alcalde por orden de Cortés compró el buque y su cargamento, y la tripulación participando del espíritu de aventura de los conquistadores, siguió á sus compatriotas al interior. Parece que había en el nombre de Cortés cierto mágico encanto, que hacía alistarse en sus banderas á todo el que le escuchaba (23).

(22) Bernal Díaz, *Ibid.*, cap. 131.

(23) *Ibid.*, cap. 131, 133 y 136.—Herrera, *Hist. general*, ubi supra.—Rel. seg.

Completados los preparativos para sus nuevas conquistas, parecía no haber ya motivo de dilatar su marcha á Tlascalala. Solicitaron primero los habitantes de Tepeaca les dejase una guarnición que los pusiera á cubierto de la venganza de los aztecas, á lo que accedió Cortés; y considerando que la posición central de aquella ciudad era á propósito para conservar sus conquistas, determinó establecer allí una colonia. Con este objeto escogió sesenta soldados, en su mayor parte inutilizados por sus heridas y enfermedades: nombró los alcaldes, regidores y demás funcionarios municipales, y nombró la villa „Segura de la Frontera” (24). Algunos años después recibió esta colonia el privilegio de ciudad del emperador Carlos V (25), y fué de alguna importancia en la época de la conquista; pero pronto comenzó á decaer, y aun su nombre castellano, con el mismo capricho que ha decidido de la suerte de más de un nombre en nuestro país, (los Estados-Unidos) fué substituido gradualmente por el antiguo; de manera que el pequeño lugar de Tepeaca, es todo lo que ahora recuerda la ciudad india en un tiempo floreciente, y la segunda colonia española en Méjico.

Cuando se hallaba Cortés en Segura, escribió la famosa carta segunda al emperador, tantas veces citada en las páginas precedentes. Comienza su narración con la salida de Veracruz, y hace una breve, pero exacta, relación de los sucesos acaecidos hasta la época á que hemos llegado. En la última página, después de referir los obstáculos que había tenido que vencer, dice con el espíritu varonil que le caracterizaba, que apreciaba poco el peligro y las fatigas comparadas con la consecución de su objeto, y que confiaba que dentro de poco tiempo volverían los españoles al estado en que antes se encontraban, y repararían todas sus pérdidas (26). Nota la semejanza que tenía Méjico en sus producciones y en otras varias cosas con la madre patria; pide que desde entonces se le llame Nueva España del mar Océano; (27) y finalmente, solicita se envíe una comisión que averigüe su conducta y la veracidad de su relación.

Esta carta que fué impresa en Sevilla un año después de que se recibió, volvió á darse á luz posteriormente, y se ha traducido más de una vez (28). Pro-

de Cortés, en Lorenzana, pp. 154 y 167.—Oviedo, *Hist. de las Ind.* MS., lib. 33, cap. 16.

(24) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 156.

(25) Clavijero, *Stor. del Messico*, tom. 3, p. 153.

(26) „É creo, como ya á vuestra magestad he dicho, que en muy breve tornará al estado, en que antes yo la tenía, é se restaurarán las pérdidas pasadas.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 167.

(27) „Me pareció, que el más conveniente nombre para esta dicha tierra, era llamarse *la Nueva España del Mar Océano*: y así en nombre de vuestra magestad se le puso aqueste nombre; humildemente suplico á vuestra alteza lo tenga por bien, y mande, que se nombre así.” (*Ibid.*, p. 169.)

(28) Esta carta está datada de la „Villa Segura de la Frontera de esta Nueva Es-

dujo gran sensacion en la corte y en los amigos de las ciencias. Los descubrimientos anteriores del Nuevo Mundo, habian engañado las esperanzas que se habian concebido despues de la solucion del gran problema de su existencia. Solo habian dado á conocer unas tribus salvajes, que aunque pacíficas y de maneras dulces, permanecian aun en el estado de barbarie. Teniase ahora noticia auténtica de una gran nacion, populosa y poderosa, gobernada por un régimen político complicado, bastante adelantada en las artes civilizadas, cuyo suelo encerraba ricos minerales, y cuya superficie presentaba una variedad infinita de productos vegetales, fuentes de riqueza, tanto natural como artificial, que parecia realizar los dorados sueños á que el gran descubridor del Nuevo Mundo se habia entregado con tanto ardor, aunque tan falazmente en su vida. Ya podia el literato de aquellos tiempos complacerse con poder comprender las maravillas que tantos otros por mucho tiempo, pero en vano, habian deseado examinar (29).

Con esta carta envió otra al emperador, firmada, segun parece, por todos los oficiales y soldados del ejército. En ella referian circunstanciadamente los obstáculos que Narvaez y Velazquez habian opuesto al logro de la expedicion, y el irreparable perjuicio que habia esto causado á los intereses de la corona. Despues enumeraban los servicios de Cortés, y suplicaban al monarca confirmara su autoridad, y no permitiera que nadie interviniese en las operaciones de un hombre, que por su carácter, conocimiento íntimo del pais y de sus habitantes, y afecto que le tenian sus soldados, era el mas á propósito para concluir la conquista de aquel grande imperio (30).

No poco aumentó la perplejidad de Cortés el que aun ignoraba el modo con que habria sido juzgada su conducta en España, ni sabia todavía si habian llegado allá los pliegos que dirigió el año anterior desde Veracruz: Méjico estaba tan lejos de todo trato con el mundo civilizado, como si estuviera

pañã, á 30 de Octubre de 1520 años;" pero á consecuencia de la pérdida del buque que debió llevarla, se remitió hasta la primavera del año siguiente, dejando todo ese tiempo á la nacion ignorante de la suerte de los osados conquistadores de México, y de la importancia de sus descubrimientos.

(29) La sensacion que produjeron estos descubrimientos, puede verse en la correspondencia de Pedro Mártir de Angleria, que residia entonces en la corte de Castilla. Léase en particular su carta de Marzo de 1521, dirigida á su discipulo el marqués de Mondejar, en la que habla con suma satisfaccion de los ricos tesoros científicos que la expedicion de Cortés habia abierto al mundo entero. *Opus Epistolarum*, ep. 771.

(30) Este memorial se encuentra en la parte de mi coleccion hecha por el Sr. Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia española. Contiene 444 firmas, y es muy notable que estando allí los nombres de todas las personas conocidas del ejército, falte el de Bernal Diaz del Castillo. Solo puede atribuirse esto á su enfermedad, pues él mismo asegura que entonces estaba postrado en la cama de fiebre. *Hist. de la conquista*, cap. 134.

colocado en el lugar de los antípodas. Pocos buques habian arribado á sus puertos, y á ninguno se le habia permitido salir de ellos. El gobernador de Cuba, no obstante que esta isla distaba tan poco, que unos cuantos dias de navegacion eran bastantes para llegar á ella, ignoraba la suerte que habia corrido la escuadra de Narvaez. Cada vez que llegaba á estas playas un nuevo buque ó flota, podia dudar Cortés si venia á ayudar su empresa, ó con comision del rey para relevarle. Su atrevido espíritu confiaba en lo primero, aunque lo último era mucho mas probable, considerando la íntima amistad que su enemigo el gobernador tenia con el obispo Fonseca, hombre celoso de su autoridad, y quien por su elevado puesto en el consejo de Indias, ejercia un influjo decisivo en los negocios del Nuevo Mundo. Era, pues, la política de Cortés no perder tiempo, y activar sus preparativos, si no queria que otro viniera á recoger los laureles que él iba ya á cortar. Conocia que si lograba conquistar la capital azteca, no tenia que temer; y que cualquiera que fuese la manera con que se considerase su irregular conducta, los servicios que en aquel caso podia alegar, contrabalancearian aquella con mucho exceso, á los ojos de la corona y del reino entero.

Escribió tambien á la real audiencia de Santo Domingo, á fin de interesarla á su favor. Mandó cuatro buques á esta isla á suplirse de armas y municiones; y para excitar mas la codicia de los aventureros y hacerlos tomar parte en su expedicion, acompañó muestras de las hermosas manufacturas del pais, y de sus metales preciosos (31). Los fondos necesarios para procurarse tan importantes auxilios, los sacó probablemente del botin ganado en las últimas batallas, y del oro, que como ya se ha dicho, libertó el convoy castellano del naufragio universal.

A mediados de diciembre, habiendo concluido todos sus preparativos, emprendió Cortés su vuelta á Tlascalca, que distaba diez ó doce leguas. Iba él mismo en la vanguardia, y tomó el camino de Cholula. ¡Pero cuán diferente era ahora su condicion de lo que habia sido menos de cinco meses antes, cuando dejó la capital republicana! Su marcha era entonces una procesion triunfal, en la que ostentaba muchas banderas é insignias militares tomadas al enemigo, largas filas de cautivos y todos los ricos despojos de la conquista, ganados en mas de una sangrienta batalla. Al pasar el ejército por las ciudades y aldeas, acudieron los habitantes á saludarle; y cuando estuvo cerca de Tlascalca, la poblacion entera, hombres, mugeres y niños salieron á recibirle, celebrando su vuelta con cantos, danzas y músicas. Arcos de flores adornaban las calles por donde pasaba, y un orador tlascalteca luego que llegó el general á las puertas de la ciudad, pro-

(31) *Relacion terc. de Cortés*, en Lorenzana, p. 179.—Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 10, cap. 18.

Alonso de Avila llevó los pliegos á Santo Domingo. Bernal Diaz que algunas veces censura á su comandante, dice que Cortés deseaba deshacerse de este valeroso caballero, porque era demasiado independiente y hablaba con franqueza. *Hist. de la conquista*, cap. 136.